

Malaika duerme tranquilamente en su casa.

Aunque el piso en el que vivía no era suyo, sino prestado por un amigo al que le unía algo mucho más fuerte aún que una poderosa amistad.

Se diría que se trataba de almas mellizas, ambas igual de puras y con unos orígenes curiosamente similares.

Su madre también era cubana, aunque no una fugitiva, desertora del comunismo, como la suya.

En ello radicaba el hecho de que su familia hubiera corrido una suerte mucho mejor.

Su padre, también gallego, unos meses antes de la revolución, había ido a trabajar como empleado a la gasolinera de un tío suyo.

Allí se había enamorado perdidamente de la muchachita más bella del lugar, siendo inmediatamente correspondido.

Eran aún unos críos, pero en el amor la inexperiencia resulta beneficiosa, ya que es para lo único que nacemos perfectamente dotados.

Es más, todo lo que nos enseñen repercutirá negativamente en nuestra capacidad innata de amar.

La cuestión es que al haber desplumado Fidel a su tío, no le quedó más remedio que regresar inmediatamente a su tierra en busca de un sustento.

Su princesa le había prometido esperarle, y él regresar a por ella en cuanto consiguiera hacer fortuna.

Esas promesas muchas veces no se cumplen, pero en este caso sí.

Trabajó con tanto ahínco que se enriqueció rápidamente vendiendo de todo, como hicieron los griegos.

Finalmente había creado una fábrica de fertilizantes para mantener a su numerosa prole.

El que ama labora, el que no roba o mata en cuanto se le presenta la ocasión.

Así que la familia de su amigo tenía pisos para dar y tomar.

A él le dejaban uno frente al parque del Retiro con la única condición de pagar la comunidad.

Matías, su amor, iba de vez en cuando a visitarle, aunque menos de lo que le gustaría, pues los negocios familiares no se lo permitían.

Desgraciadamente era el único hijo varón, y su padre, un gallego machista, no había permitido a ninguna de sus seis hermanas llevar las riendas de la empresa.

No le importaba que estuviera lejos, porque así se hacía desear más aún.

Se trataba del amor verdadero del que hablaba Platón en *El banquete*, que de tanto leerlo ya se lo sabía de memoria.

“Eros es el dios más anciano, el que hace más bien a los hombres. Inspira al hombre la vergüenza del mal y la emulación del bien. En el alma del que ama hay divinidad. De todos los dioses, Eros es el más capaz de hacer feliz al hombre. Es el protector y médico, cura los males que impiden la felicidad”.

Y es que antes del judaísmo, según narraba Platón, lo que definimos como heterosexualidad, no se consideraba una norma, sino la excepción.

De ahí que Miguel Ángel tuviera la genialidad de mostrar un Moisés con aire demoníaco.

Y es que los seres humanos, según Platón, eran originariamente esféricos, masculinos, femeninos o andróginos.

Pero Zeus, celoso de su poder, los dividió en dos.

De ahí que las mujeres amaran por naturaleza a las mujeres y los hombres a los hombres, resultando la verdadera heterosexualidad, como la de la pareja propietaria de la cama en la que duerme tranquilo, algo realmente excepcional.